

ya en el momento de espirar creían que podía turbar el orden de las leyes naturales. Falleció el sábado 14 de diciembre de 1591; en 1674 fué preconizado santo.

Era de estatura mas bien bajo que alto, bien proporcionado y mejor parecido, de facciones dulces y apacibles, de mirada suave y simpática, de figura agradable, de continente humilde. Tenia de color trigueño el rostro, calva la cabeza, espaciosa la frente, negros y húmedos los ojos, aguileña la nariz, algo hueca la mejilla, poco pronunciado el labio, las formas todas mas bien redondas que angulares. Modesto en el mirar, modesto en el hablar, modesto en el andar, modesto en el vestir, modesto en el obrar, modesto en todo, correspondió su físico á su moral; y fué no sin razon, vivo y muerto, presentado como el modelo y tipo de la bondad, como el dechado del que desea seguir paso á paso y en todo su rigor á Jesucristo.

Mas no solo fué SAN JUAN DE LA CRUZ tesoro de virtudes, fué tambien de conocimientos y de inteligencia. Fué teólogo, fué gran prosista, fué poeta, y debemos considerarle, cuando menos, bajo estos dos últimos aspectos.

Floreció JUAN DE LA CRUZ en nuestro siglo de oro, en aquel siglo en que la teología desplegó todas sus fuerzas y la poesía tendió todas sus alas, en aquel siglo en que España hacia oír sobre el estruendo de sus armas vencedoras la poderosa voz de sus filósofos y el eco de sus cantos, en aquel siglo de esplendor y gloria en que abundaron á la vez los ilustres capitanes y los mas grandes escritores. Alzóse entre tantos ingenios, y fué ya desde luego una verdadera individualidad, un autor completamente original, un tipo. En vano le buscamos antecesores en nuestra historia literaria, en vano le buscamos rivales, en vano le buscamos descendientes: le vemos siempre destacándose solo y aislado del fondo de su época. Todo espiritual, profundamente místico, sumergido sin tregua en la contemplacion de lo absoluto, predispuesto á la abstraccion, al arrobamiento, al éxtasis, imprimió, sin querer, en todas sus obras el sello de su especialísimo carácter, y sin querer tambien, sin sentirlo, se separó de la senda que aun sus mas allegados le trillaban. Cultivaban en su tiempo el género á que él dirigia su talento un fray Luis de Granada, cuyas obras, tan sólidas como enérgicas, levantan y engrandecen el espíritu; un fray Luis de Leon, que tan dulcemente sabe apartarnos de la agitacion del mundo y llevarnos al conocimiento de Dios desde las floridas praderas bañadas por los arroyos y las oscuras y silenciosas galerías de los claustros; un padre Estella, cuya severidad ascética nos anonada bajo la idea de nuestras propias pequeñeces y miserias; un príncipe de Esquilache, un Malon de Chaide, un Zárate, un Arias, sobre cuyos escritos vemos constantemente proyectada la sombra del amor y la inteligencia eternas; mas ninguno, y lo decimos sin vacilar, ninguno, entre escritores tan justamente celebrados, se acercó de mucho á su lenguaje, ni tuvo tan sublimes conceptos, ni imitó su estilo. Granada, Leon, Arias, Estella, Zárate, Chaide, Esquilache están todos, al escribir, unidos aun á la materia, y no saben hacernos descubrir el cielo sino al través del mundo que perciben los sentidos; JUAN DE LA CRUZ rompe, al escribir, los lazos que le sujetan al cuerpo y nos eleva directamente á Dios trasladándonos de improviso á un mundo donde brilla otra luz, donde rigen otras leyes, donde se trasforman y depuran la caridad, el amor, nuestros mas nobles y generosos sentimientos. Lo hemos dicho, y lo repetimos: no hay, no ha habido antes ni después de él, otro autor que le haya seguido ni podido seguir en su camino. Santa Teresa, con quien le identificaban sus mutuos y constantes trabajos para la reforma de la orden, tuvo indudablemente con él algunos puntos de contacto; mas no compuso ni supo tampoco vestir de igual manera sus ideas, no fué de mucho tan espiritual, tan sobrenaturalista, tan divina. Tenia santa Teresa mas filosofía, penetraba mas en el corazón humano, conocia mas, era de una inteligencia mas desarrollada, era de mas talento; pero estuvo por la misma razon mas en la tierra, menos en las altas regiones celestiales. Hemos manifestado ya que los dos entraban fácilmente en éxtasis: ¿cuál de los dos era, sin embargo, el que lo provocaba? ¿cuál de los dos reunia, por decirlo así, una mayor fuerza magnética?

Abrimos las poesías de JUAN DE LA CRUZ, y ya á las primeras estrofas distinguimos una novedad que nos sorprende. No es nunca el poeta el que habla, es su espíritu, es su alma, que ya recuerda la oscura noche en que, dejando la cárcel en que vive, voló guiada por el corazón al cielo, y se juntó con Dios, su amado; ya pregunta por Dios á las criaturas, y al hallarle entra con él en dulce

y amorosa plática. ¿Qué delicadeza de sentimiento no hay en cada quintilla! ¿Qué suavidad de expresion en cada verso! ¿Qué misterio, qué abstraimiento en cada composicion, en cada canto! Ideas, imágenes, frases, palabras, todo guarda la mayor armonía con la naturaleza del asunto en estos sencillos poemas. Las palabras mas vulgares toman en ellos una significacion peculiar, un colorido especial, un sentido eminentemente místico; la fraseología acepta giros originalísimos, que acaban de comunicar al género un tinte que ni llega á ser natural ni á ser fantástico; las imágenes, aunque copiadas todas del mundo aparente, y no del mundo inteligible, cobran todas un aspecto que las eleva mas allá del idealismo estético; los tropos, las figuras parecen sacadas de lugares no conocidos: tal y tanta es la fuerza de ingenio con que están concebidos é intercalados en aquellas líneas tan animadas por la exaltacion de la fe y la caridad cristianas. Produce esto alguna oscuridad; mas una oscuridad hija, no del lenguaje ni del estilo, sino del profundo sentido alegórico que encierran las poesías. No las afea, por otra parte, esta oscuridad; las embellece, les da nuevo color y vida. Apenas ha conocido uno la clave, cuando, no solo las comprende, sino que hasta se contenta y se deleita viendo sin cesar y á la vez la idea y su reflejo. ¿Qué es lo que mas enajena en el *Cantar de los cantares*, en las *Profecías*, en el Evangelio, en el *Apocalipsis*, en la mayor parte de los libros de la Biblia, sino esa misma oscuridad procedente de su carácter figurado y altamente parabólico? Empieza uno á leer el *adónde te escondiste*, y no bien se ha descifrado el objeto de la composicion, cuando se sigue la lectura, no dirémos ya sin esfuerzos, sino con placer, con un placer que nos cautiva el corazón y embarga los sentidos. Las primeras quejas del alma por haber perdido al Dios á quien adora, la pregunta á la naturaleza de si le han visto cruzar el monte ó la pradera, la contestacion de los seres creados, suponiendo que ha pasado entre ellos vistiéndolos al paso de su angélica hermosura; las nuevas quejas del espíritu, el inefable consuelo que van derramando sobre él las palabras del Amado, la mútua llama en que arden y se absorben, los ayes de ventura que se exhalan de los labios de entrambos, todo va aumentando por grados nuestro interés y bañándonos, ya en el tranquilo mar del amor, ya en el dulce lago de una melancolia indefinible. ¿Genios del sentimiento y la belleza! ¿dónde podrémos hallar ya sensaciones mas agradables ni mas puras? ¿Dónde imágenes mas encantadoras ni que conmuevan mas plácidamente el alma? ¿Genios del sentimiento y la belleza! no daréis ya con otro JUAN DE LA CRUZ, que mejor comprenda ni traduzca vuestros tiernos y embelesadores pensamientos.

Los hay que, en poesía cuando menos, pretenden que se compare con JUAN DE LA CRUZ al maestro fray Luis de Leon, al autor de *Qué descansada vida... Alma region luciente... Cuando será que pueda... Virgen que el sol mas pura...* y otras composiciones de igual género. Leon, dicen, era tambien un poeta lleno de fe, un alma cándida y pura, á quien repugnaba el simple contacto con el mundo. Levantaba tambien sin cesar la frente del lector al cielo; manifestaba una continua aspiracion á la soledad, al silencio, á esa region espiritual, desde donde cabrá á nuestra alma conocer las leyes, ahora insondables, de la Providencia. ¿Qué amor, qué pulcritud, qué desprecio del mundo no respira tambien la mayor parte de sus odas! Su lenguaje es, como el de LA CRUZ, místico, alegórico, decididamente bíblico; sus imágenes y sus figuras están como las de LA CRUZ embellecidas por el hábito de un sentimiento inalterable.

Es, á no dudarlo, Leon uno de los poetas en cuyas obras mas vivamente está encendido el fuego del amor divino; mas es tambien para nosotros indudable que media entre él y JUAN DE LA CRUZ una distancia inmensa. Leon cuando toma la pluma vive aun en el mundo, de que anhela separarse; JUAN DE LA CRUZ, como llevamos insinuado, no toma la pluma sino cuando está ya fuera del mundo fenomenal, cuando está emancipado ya de la materia. Para Leon la union con el centro universal de que ha sido desgajada su alma es aun una aspiracion, es un deseo; para LA CRUZ es ya la realidad, es ya un hecho consumado. Leon está sumergido solo en la creencia; JUAN DE LA CRUZ lo está ya en el mas profundo misticismo. En Leon vemos aun al hombre; en JUAN DE LA CRUZ no vemos ya mas que una parte del hombre, el alma.

No hacemos con este corto paralelo sino repetir y dar vueltas á una idea que hemos vertido en el primer párrafo de este humilde juicio crítico; mas nos repetimos á propósito para que no haya lugar á duda alguna sobre la individualidad del autor en nuestra historia de la literatura. Léase á Leon, y se encontrarán hasta en las poesías en que mas se revela su talento, reminiscencias de otros poetas, ya cristianos, ya paganos; léase á LA CRUZ, y no se hallará una sola reminiscencia ni de las ideas de sus coetáneos ni de las de sus mayores. Léase con detenimiento á Leon, y se atribuirán todas sus odas tanto á una necesidad de expansion como á un deseo de rendir culto al arte; léase

á LA CRUZ, y se atribuirán sus poesías al simple y natural desborde de sus sentimientos. Leon no se ha desdeñado de bajar hasta el amor profano y dedicarle cantos originales y cantos traducidos; LA CRUZ no componía jamás una estrofa en que no hiciera reflejar el mundo puramente inteligible, el mundo del espíritu. No pretendemos rebajar á Leon, ni vamos ahora á decidir del relativo mérito de entrambos; pero si pretendemos hacer ver que, por semejantes que parezcan en su marcha y sus tendencias, pertenecen los dos á muy distinto género.

Lo repetimos, y lo repetimos sin temor: SAN JUAN DE LA CRUZ es una verdadera individualidad en nuestra historia literaria. ¿Se quiere ahora saber por qué? Porque lo era ya en la esfera social, porque no escribía por escribir, sino por explayar un corazón que rebosaba de amor por todas partes; porque era poeta de sentimiento y no tenía que apelar á inspiraciones ajenas para cantar lo que sentía; porque, libre de pretensiones científicas, se contentaba con ser el eco de su voz interior y el intérprete de sus propios pensamientos; porque se pintaba, en una palabra, á sí mismo, y él era el tipo, el bello ideal de esas almas encendidas en el fuego de la caridad divina. Hombre dominado por una sola idea, no presentó en sus poesías sino el desarrollo de esta misma idea; cual fué como hombre, tal fué siempre como escritor, tal como poeta. ¿Se comprende ya el secreto de su originalidad? Se comprende por qué no tuvo ni pudo tener en su género discípulos ni maestros? ¡Ah! será difícil que se comprenda. La poesía no es ya en nuestros tiempos hija de la espontaneidad, es hija de la imitación, reproductora de arte. Falsea, á trueque de producir efecto, las sensaciones que experimenta y las impresiones que recibe; se avergüenza de traducir en el lenguaje de la pasión las revoluciones de su alma, se aísla del mundo sin saber concentrarse ni en sí ni en lo absoluto, enmudece ante los dolorosos espectáculos de una sociedad que se hunde, y alza en cambio la voz sobre el sepulcro de las generaciones que rodaron desde el escenario de la política á la hondonada del olvido. Se ha encerrado dentro de una valla insuperable, y atejada allí del estrépito del siglo, se complace aun en evocar los fantasmas de edades que apenas comprendemos. Fijas sus miradas en la edad media, ahora hace aparecer bandos de justadores armados de todas armas, ensangrentándose sus vistosas vestiduras solo por conquistar una sonrisa de amor en los labios de sus damas, ahora al baron feudal desafiando desde las almenas de su castillo ejércitos de emperadores y de reyes, ahora á obispos y arzobispos dejando la mitra por el yelmo y asistiendo espada en mano á los campos de batalla, ahora á la mujer de altivo corazón sacrificando en los altares de Dios el intenso amor que la domina, ahora, por fin, al mago que pretende leer en el cielo los futuros destinos de sus semejantes, ó á la hechicera hada que brota por encanto del fondo de los lagos. No cree ni en la magia ni en las hadas, detesta con toda su alma esa época de hierro en que gemían los pueblos bajo la mas dura servidumbre, no tiene ya ni aquella religion ni aquellas creencias; mas observa que se prestan esas escenas á grandes rasgos de imaginación, y las estudia y las canta y las describe. Materialista pura, no se enamora sino de la belleza exterior, no es siquiera capaz de conocer la del espíritu. Suple á fuerza de fantasía el sentimiento, y está sin cesar en el terreno del actor, en el terreno de la copia servil ó la parodia. Es escéptica, y aparenta fe; es impía, y habla siempre de Dios; es ignorante, y quiere parecer científica; es impotente hasta para el mal, y hace constantemente alardes de fuerza y poderío. Se la oye á menudo encareciendo la pureza, y está corrompida hasta los huesos, encareciendo la moralidad, cuando se rie interiormente del que no sabe realizar su ambición por no hollar el cadáver de un hermano. Idólatra y formalista, aprecia en poco el símbolo y en mucho el ritmo; atiende mucho á los detalles, poco al conjunto. Evita con el mayor cuidado la mas ligera falta en el lenguaje y en el estilo, oculta con el mayor cuidado bajo el brillo de las palabras la vaciedad de las ideas. No, no es fácil que comprenda por qué fué original SAN JUAN DE LA CRUZ una poesía que, como la de nuestros días, vive y cree poder vivir solo de la ficción y la mentira.

¿Por qué no ha de cantar, y lo hemos preguntado ya cien veces, esa misma corrupción que la devora, ese mismo escepticismo que la consume, esa misma impudencia sarcástica con que mira la virtud sucumbiendo bajo el crimen? La poesía ¿no es la verdad? ¿No es la vida interior traducida por medio del lenguaje? ¿Por qué no se ha de reflejar siempre tal cual es, como en los libros del alemán Goethe y en los inmortales poemas del britano Byron? Porque en medio de su triste estado, conserva todavía un resto de pudor, se nos contesta. Mas si es así, ¿cómo permanece aun aislada del nuevo mundo que va surgiendo de entre las ruinas del antiguo? Estamos en un período de revoluciones sociales, de revoluciones que tarde ó temprano han de acabar con la espantosa hidra de la inmoralidad y la injusticia, ¿por qué no levanta en medio de ellas su voz? Por

qué no se hace el eco de las aspiraciones de los pueblos? Hay enarbolada desde algunos años acá una bandera teñida ya con sangre de entusiastas mártires, ¿por qué no corre á cantar, bajo los flotantes jirones de su desgarrada tela, los triunfos y los descalabros que ha sufrido? ¿Por qué no cambia de esfera ni modifica su vida de relación, fuente perenne de arte y de poesía? Entre en el mundo y viva de la vida de su época y su pueblo, y sentirá de nuevo en su pecho la llama de la inspiración, la llama que la elevó algun día mas allá del cielo.

Mas ¿y qué? se nos replica: ¿lograréis tal vez con esto que la verdadera poesía renazca de entre sus cenizas? Vais á hacerla intérprete de las ideas y de las circunstancias del momento, y vais á darle una vida efímera, vais á verla morir con las pasajeras circunstancias que la hayan producido. La verdadera poesía no vive nunca de accidentes; vive de ideas eternas como Dios, inmutables como el destino á cuyo cumplimiento se encaminan. Deseáis ennoblecerla, y, no lo dudeis, vais, sin querer, á prostituirla.—Parece á primera vista indestructible el argumento; mas, léjos de serlo, se cae y se viene abajo por su propio peso. Para nosotros no hay ideas temporales é ideas eternas; todas las ideas son contemporáneas en la razón y en la sociedad, de que, con todos los hombres que han sido y serán, formamos parte. Si unas parecen anteriores y otras posteriores, es por la mayor ó menor importancia que han ido tomando con el tiempo en el gran drama de la humanidad, que no es mas que el drama de nuestro entendimiento. La que ayer era principal es hoy secundaria; y hé aquí por qué en épocas dadas cambia todo de aspecto. Sucede poco mas ó menos con las sociedades lo que con el kaleidoscopio: las piezas son siempre las mismas en el fondo del cilindro; mas no podemos darle la mas ligera vuelta sin que, cambiando aquellas de lugar, presenten combinaciones completamente distintas. Ahora bien: ¿se quiere que la poesía sea estacionaria, ó sea indefinidamente progresiva? Si lo primero, debe seguir el camino que ahora sigue, debe seguir reproduciendo; si lo segundo, debe abrirse á cada nueva época histórica una nueva senda; debe modificarse segun la fuerza revolucionaria de la idea generatriz que impera y que gobierna. La idea generatriz de hoy ¿es la idea generatriz de la edad media? Es siquiera la idea generatriz de principios de este siglo? No puede pues presentar los hechos ni los sentimientos sino bajo el nuevo aspecto que hoy los vemos, bajo la influencia de esta idea capital, esta idea madre. Y ¿en qué, debemos preguntar ahora, podrá consistir su prostitución por sujetarse á una necesidad tan imperiosa? La idea que domina en la actualidad es tan eterna como la que dominaba ayer, y juega hoy en la sociedad un papel de segundo ó tercer orden; aceptándola, obedeciendo á su justa y merecida influencia, ¿hace acaso mas que lo que ha hecho en otras épocas, es decir, obedecer á una ley de renovación sin la cual la vida, así en los seres materiales como en las instituciones y las ciencias, seria completamente insostenible? Cuando decimos que es preciso que la poesía sea la traducción de nuestra vida interior y exterior, no pretendemos sostener que deba hacerse la cantora obligada de todas las pasiones del momento; pretendemos si que, llevada de la idea dominante ó de la que está elaborándose para reemplazarla, dé el colorido de su época á todas las creaciones que conciba. Y lo pretendemos porque sabemos, porque estamos íntimamente convencidos de que siempre que así no suceda, la poesía está destinada á caer en el triste y vergonzoso estado en que yace hoy para vergüenza de nuestras sociedades.

Como quiera que sea, diréis quizás, si la idea que reina hoy deja de reinar mañana, la poesía que reina hoy con ella, mañana perderá tambien, como ella, su cetro y su corona. Mas ¿quién, habiendo estudiado medianamente la historia, no sabe que no porque una idea deja de dominar deja de ser un elemento constitutivo de la sociedad que la ha, justa ó injustamente, postergado? Es indudable que la buena poesía de hoy ha de ser mas leída y mejor recibida que la buena poesía de otros tiempos; mas la inteligencia, el buen sentimiento estético, ¿cómo no han de buscar en esta la satisfacción de sus aspiraciones y deseos? La poesía de ayer es en nuestra hipótesis hija del sentimiento, traducción de una idea imperecedera, reflejo de un sentimiento eterno; la poesía de ayer ha de pasar pues, en nuestra hipótesis, con las generaciones que vayan sucediéndose hasta los siglos de los siglos. Homero, Dante, Byron obedecieron á la ley que consignamos; ¿cuándo no serán leídos el *Don Juan*, la *Divina Comedia*, la *Sangrienta discordia de Agamenon y Aquiles*? La idea que domina, sin embargo, en los tres poemas es diferente, si no del todo opuesta.

¿Queréis pues proscribir la historia del terreno del arte y la poesía? se nos preguntará por fin; ¿queréis que cerremos para siempre los libros de Moisés y los Santos Evangelios?—No queremos que cerreis para siempre los libros que contienen lo pasado, pero queremos que hasta en vuestros cantos históricos se refleje el siglo. Hoy no juzgamos de lo que fué como juzgábamos ayer,

hoy no lo vemos como ayer lo veíamos. Nos dirigimos á todos los que marchan con su época, á todos los que están al nivel de las ideas y aspiraciones generales, á todos los que participan de la vida de su pueblo: ¿pintarían hoy á Bruto, á Fiesco, á Tell como lo hubieran pintado nuestros autores del siglo xvi, siglo en que el sentimiento monárquico estaba profundamente arraigado en el corazón de Europa? ¿Apreciarían hoy bajo el mismo punto de vista religioso las tiernas y sublimes escenas transmitidas por los evangelistas? Hoy que la religión va cediendo el paso á la ciencia, hoy que las creencias han sido disipadas por el soplo de la filosofía, hoy que elevándonos á los mas altos principios de justicia, buscamos la razón de existencia de todas nuestras instituciones, y no vacilamos en llevar el hacha sobre las mas sagradas si no las hallamos legitimadas en su origen; hoy que, rompiendo toda barrera levantada por la tiranía y la ignorancia, tomamos á Dios por padre, la humanidad por hermana y la tierra entera por patria; hoy que, dispuestos á sacudir todo yugo, queremos que solo en la voluntad individual de las sociedades tengan su fuerza los poderes públicos; hoy que mas ó menos corremos todos hácia una igualdad que ayer mirábamos aun como una utopía; hoy que nos rebelamos contra toda autoridad y creemos que solo en nuestro *yo* existe la fuente de toda certidumbre y todo derecho; hoy que suspiramos tan ardientemente por una síntesis que venga á armonizar todos los antagonismos que nos han empeñado hasta ahora en una triste é incesante lucha; hoy que el orden de nuestras ideas está completamente intervertido; lo preguntamos de buena fe, con toda la sinceridad de que es capaz nuestra alma, ¿podemos juzgar hoy á Jesucristo y su doctrina como los juzgaron el fanatismo en el siglo xi, la filosofía escolástica en el xii, la reforma en el xvi, el ateísmo en el xviii, el escepticismo á principios del xix, el indiferentismo durante los primeros años de la revolución que ha constitucionalizado á nuestros reyes? Hasta aquí había sido considerado como un reformador en el orden puramente religioso; hoy le consideramos como un reformador en el orden religioso y en el orden social: los cantos que hoy le dediquemos ¿no han de llevar naturalmente otro espíritu que el que hasta aquí llevaron?

SAN JUAN DE LA CRUZ no fué ni pudo ser, hablando en rigor, el eco de su siglo, porque estuvo constantemente apartado del mundo y no respiró sino el ambiente de su orden del Cármen, ya bajo el cielo del desierto, ya bajo las silenciosas bóvedas del claustro; mas fué eco de su propia individualidad, de una individualidad marcada y poderosa, y fué, como ninguno, poeta. Para él la vida de relación era su misteriosa unión con Dios: cantó esta unión, y se encumbró sin esfuerzo á las regiones mas elevadas y sublimes. No tuvo que recurrir para ello á la literatura griega ni á la literatura latina ni á la literatura italiana; no tuvo que recurrir mas que á sí mismo. Sintió, pensó, escribió lo que sintió y pensó, y produjo sin mas sus ricas, sus vaporosas, sus místicas canciones. Léanlas los que temen que esa poesía, por decirlo así, *concreta* no ha de producir una sensación general en los hombres de todos los siglos y de todas las naciones; léanlas, y digan con la mano en el corazón si no se sienten conmovidos á pesar de su incredulidad, á pesar de su mas decidido ateísmo. Se espiritualiza uno á cada verso que recita, á cada estrofa que concluye. Va leyéndolas y siente por momentos acallarse la voz de sus pasiones y serenarse el alma. ¡Qué belleza, qué suavidad, qué grato perfume el de todas estas poesías!

¿Deberemos ahora examinarlas é ir indicando uno por uno sus defectos? Deberemos señalar una por una sus incorrecciones de lenguaje, sus vulgaridades de elocución, sus pasajes oscuros, sus versos débiles, sus faltas de sentido? Esta ocupación es solo digna de una crítica mezquina que censuraremos siempre con merecida severidad: la verdadera crítica no debe recaer nunca sino sobre el espíritu de las composiciones que sujeta á juicio. ¡Críticos materialistas! ¿no os da hasta vergüenza cuando, al coger á un autor del temple de SAN JUAN DE LA CRUZ, no sabeis denunciar sino faltas de pura forma, faltas de detalle?

Escribió también SAN JUAN DE LA CRUZ en buena y muy castiza prosa. Conociendo cuán difícil era que los demás penetrasen en toda su intensidad la significación de sus canciones, compuso para la inteligencia de las tres principales otros tantos comentarios, y estos con algunas máximas y cartas, constituyen la segunda y la mas larga parte de sus obras. Son estas ya, no solo el fruto de sus exaltados sentimientos, sino el de sus vastos estudios y profundas meditaciones teológicas; estudios y meditaciones cuyos resultados dieron lugar en su mismo siglo á impugnaciones ardientes y á brillantísimas defensas. No se contentó en aquellas el autor con desflorar cuestiones; entró en el fondo de la dificultad, y la arrolló no pocas veces con una fuerza de raciocinio nada ordinario ni aun en los mas aventajados autores de aquella época. Quedó comunmente inferior á

santa Teresa, cuya capacidad intelectual era tal vez la mas grande que á la sazón se conocía; quedó también inferior á Granada, cuya ejercitada razón no encontró casi nunca obstáculo que bastase á detenerla; mas en algunos puntos se puso al igual, y en otros excedió á esos mismos escritores.

Quedó comunmente inferior á los mencionados prosistas, no solo en las ideas, sino también en el lenguaje y en el estilo. Es lánguido, es incorrecto, es descuidado en la frase, es monótono en sus frecuentes apóstrofes, es desigual en sus periodos, es poco armónico en la combinación de sus palabras, tiene, al fin, faltas gravísimas; pero les aventajó por otra parte á todos en cuanto depende mas ó menos directamente de la energía y vivacidad del sentimiento. ¡Qué bella y animada no es su expresión en la pintura de las cosas celestiales! ¡Qué delicado en esos rasgos de amor con que retrató su incesante aspiración al cielo! ¡Qué magnífico, qué elevado en esos pasajes donde pretende descubrir esa misteriosa relación que hay entre nuestra alma y el alma universal, el Dios del mundo! No se arrebató, no tiene transiciones bruscas, no se remonta de un solo vuelo á la mas alta región de los espíritus; pero está casi siempre encantador, sublime. Llena entonces sus cláusulas de hermosas imágenes y vivísimas figuras, y nos hace olvidar de repente la negligencia de su estilo. Encuentra entonces hasta un nuevo lenguaje, y nos sumerge en un mundo completamente nuevo, en un mundo de las mas puras y bellas sensaciones.

Fué SAN JUAN DE LA CRUZ un escritor eminente; pero fué mas que todo hombre de sentimiento, y nunca estuvo mas grande, así en la prosa como en el verso, que cuando la naturaleza de los asuntos que tuvo que tratar le permitió ser poeta. Leed á SAN JUAN DE LA CRUZ, y veréis si es acertado el juicio.

JUICIO CRÍTICO SOBRE LA MAGDALENA, DE FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE.

FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE no era uno de esos autores á quienes fatiga la comezón de escribir, pues no compuso, ó cuando menos, no dió á luz sino la obra que á continuación publicamos; mas es para nosotros indudable que si tomó la pluma, fué mas por ostentar sus galas de lenguaje y brillantez de estilo que por encender en las almas la llama de la caridad cristiana. Lo decimos, no porque en su *Magdalena* dejen de quedar defendidos con energía los principios fundamentales y los preceptos mas sublimes del Evangelio; que pretende, por lo contrario, imponer con una fuerza de lógica admirable, sino, porque tanto en el prólogo como en el cuerpo del libro, apenas encontramos una página donde no descubramos grandes esfuerzos para aparentar gusto y soltura en el modo de revestir de bellas formas las ideas, y sobre todo, en el manejo de la lengua. Cuenta él mismo que se le habían hecho graves cargos por haber escrito de cosas sagradas en romance; y es hasta cierto punto natural que para contestar mejor á sus acusadores llevase como principal objeto el de hacer ver por sus propias obras de cuánta nobleza y dulzura era susceptible el idioma que tan injustamente desdeñaban. Escogió afortunadamente por asunto uno de los que mas se podían prestar á su, si no loable, disimulable intento. Una mujer de rara hermosura, como Magdalena, que, después de haber agotado las mas impuras copas del deleite, trocó el amor humano por el divino, y no se cansó de verter lágrimas con que borrar sus manchas, había de dar fácilmente ocasión á largas y pomposas descripciones, á contrastes de efecto, á figuras atrevidas, á observaciones tranquilas y ataques violentos, á una diversidad de sensaciones y de afectos capaz de revelar en toda su extensión la flexibilidad de una lengua que, aunque no muy cultivada, se sentía ya con fuerzas para seguir en todas sus ondulaciones la razón y el sentimiento. Tomóla MALON por fondo de su libro, siguióla en sus tres estados de pecadora, conversa y santa, y dejó, como tal vez deseaba, un verdadero monumento literario.

Es de ordinario MALON mas vehemente que apasionado y tierno, mas fuerte y vigoroso en reprehender lo malo que entusiasta en elogiar lo bueno, mas terrible en la réplica que en el mismo ataque. Tiene pasajes llenos de calor y movimiento, en que apenas cabe seguirle. Las ideas abundan en ellos y se precipitan, las palabras pueden difícilmente contenerlas; y se siente uno, no solo movido, sino arrebatado. Véase con qué entereza no habla ya en el prólogo contra los libros de caballerías, contra la novela en general, contra los que miran con menosprecio el romance, con-